

# Gente Vieja



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete 25 ejemplares, 2,50 ptas.

## SUMARIO

*Velay*, por Manuel Llano y Persi.—*Sainetes instantáneos*, por Tomás Luceño.—*Reglones cortos*, por Juan Simarro el Ciego de Valdepeñas.—*Lo que no se compra*, por Marcos Zapata.—*¡Pícaros nervios!*, por Carlos Cano.—*El Ciprés del Campo Santo*, por Antonio Afán de Ribera.—*Leyendo á Rueda*, por Enrique Prügent.—*Curiosidad literaria* (del discurso histórico sobre los orígenes del teatro Español, de D. Leandro F. de Moratín). *Para provincias*: sobre los crímenes, sobre los golfos y sobre el concurso de comedias de *El Liberal*, por Garci-Fernández.—*La frase de Ducrot*.—*A Laura*, Soneto, por Miguel Sánchez Pesquera.—*Bibliografía*.—*Para GENTE VIEJA*, Carta de Linares.—*Hay que pensar en el turrón*.

## VELAY

Que son volubles y déspotas  
los hombres, no es gran noticia.  
¿Mas qué hacen para enmendarnos  
esas señoras que gritan?  
Si el aseo y el adorno  
con recatos de malicia;  
si la bondad y el hechizo  
de alegres coqueterías  
que, antes de entregarse, muestran  
cuantas presumen de listas,  
los siguiesen empleando  
después, en la vida íntima,  
ellas fueran más dichosas  
y al par los hombres serían...  
—Si señor, mucho peores—  
me dijo una doña Mística.  
(¡Y la muy tal por tercera  
vez á desposarse iba!)

¡Bah! En hombres y mujeres  
todo es ficción, todo enigma;  
riñen y luego se juntan  
entre lágrimas y risas.  
Sin infierno ¿habría ángeles?  
y sin un Edén ¿familia?

.....  
Ante esta tragi-comedia  
Dios se divierte allá arriba.

M. DE LLANO PERSI

## Sainetes instantáneos

### ¡Buena guardia!

*El juez en la calle y la jueza en el balcón.*

Jueza. ¡Que tengas buena guardia!  
Juez. ¡Dios lo quiera;  
que no he visto carrera  
más azarosa, al par que peliaguda!  
— Dímelo á mí, que estoy como viuda  
que se pasa la noche en un gemido  
lamentando la ausencia del marido!  
Cuando te corresponde  
estar de guardia, yo no sé por donde  
el sueño se me vá y el apetito,  
y me paso pidiendo á Dios bendito,  
en pago del amor que le profeso,  
que no entiendas jamás en un proceso  
de los que excitan á Madrid curioso,  
y por el cual te llaman *juez celoso*.  
Esto á mi limpio honor mucho le inquieta,  
porque pueden creer que soy coqueta.  
— ¡Qué inocentel.. No digas tonterías.  
¡Si están llamando así todos los días,  
lo mismo al juez que cumple, que al inepto!..  
¿No ves que ese es un bombo de precepto?  
— Que te llamen activo,  
que para eso sí que das motivo,  
porque de las Salesas para adentro,  
me consta que no hay juez como el del Centro.  
— Hasta mañana, pues. Cierra el balcón,  
porque estamos llamando la atención...  
— ¿Tienes prisa por irte de mi lado?  
— ¡Prisa yo, bien amado!  
¿No sabes que te adoro  
y que por escuchar tu pico de oro,  
aunque fuese en el fondo del averno  
oyera yo tu voz, sumiso y tierno?  
¡Quede con Dios la pieza de mi vida  
y otórgueme un favor por despedida!..  
Que digas al Señor, cuando le reces,  
que soy el más antiguo de los jueces,  
y que verías con placer colmado  
que se muriese hoy mismo un magistrado;  
porque de esa manera, vida mía,  
era yo magistrado al otro día,  
Y una vez magistrado, es evidente  
que puedo ser muy pronto Presidente,  
si se mueren aquellos compañeros  
que están en la plantilla los primeros.  
La cosa, como ves, no trae malicia.  
— ¡Vaya con Dios la gracia y la justicia!  
Júrame que darás pronto la vuelta...  
Pero qué es eso, ¿tienes la cadena suelta  
del reloj, ó el reloj has empeñado?

- ¿Empeñarle?.. ¡No tal! ¡Me lo han robado! (*Regis-  
trándose uno de los bolsillos del chaleco*).
- ¡Pero es posible!
- Sí, no cabe duda.  
Ha sido aquella viuda  
que hace un rato limosna me ha pedido  
con débil voz y rostro compungido.  
¡Robar al juez de guardia, que baldón!
- Eso es ya no tener educación.
- Voy corriendo al juzgado  
á *darme parte* de que me han robado.
- Siendo tú el juez, no creo que es preciso.
- Como particular doy el aviso;  
como particular, la rompo el alma  
si la encuentro, y después, con mucha calma,  
como juez imparcial, la mando al palo;  
y eso porque no hay otro más malo,  
que si hubiese un castigo más cruel  
no se iría sin él.  
¡Mal empieza la noche según veo!
- Que no acabe peor es mi deseo.  
*En la casa de Canónigos.—(3 de la madrugada).*
- ¿El Sr. Juez de guardia?
- Servidor.
- Vengo muerta de espanto y de dolor.  
Mi marido, un truhán de siete suelas,  
de un bofetón me ha roto cinco muelas,  
y luego, el muy taimado,  
de casa se ha fugado.
- ¿Pero, solo?
- No tal; con una moza  
que la sangre en las venas le retoza.
- Vea bien lo que dice... ¿está usted cierta?
- Que me caiga aquí muerta  
sino digo verdad.
- ¿Y dónde habita  
esa mujer maldita?
- En la calle del Prado,  
número 82 cuadruplicado.  
Es la esposa, si no recuerdo mal,  
de uno que ocupa un cargo judicial.
- ¿Un cargo judicial?.. ¡Virgen María!  
*(fuera de sí)* ¡Corramos!
- Qué le pasa?
- *(llevándose las manos á la cabeza)* ¡¡Que es la mía!!  
¡.....!

TOMÁS LUCEÑO

## REGLONES CORTOS

## ¡DIOS!

Dedicado al redactor de *La Tribuna*  
D. Joaquín Aguilera.

A Tí, Sér infinito que llenas el espacio,  
Omnipotencia suma, Justicia sin igual,  
á Tí, llegue mi canto, á tu eternal palacio  
mi débil voz se eleve buscando lo inmortal.

Espíritu invariable, no aspiro á comprenderte,  
Presiento tu existencia y sólo voy en pós  
de amarte, Dios eterno, de amarte y no ofenderte  
pues sé que eres mi Dueño; pues sé que eres mi Dios.

Tú riges los destinos del mundo que creaste,  
tu omnipotente diestra opone un dique al mar;  
al sol y á las estrellas sus leyes señalaste  
por dó invariablemente caminan sin cesar.

Con letras indelebles tu nombre soberano  
grabaste en lo más hondo del pecho de aquél sér  
que en día venturoso, tu poderosa mano  
inmenso beneficio le quiso conceder.

El céfiro, las flores, las aves y las nubes,  
el arroyuelo manso y el rayo destructor,  
los hombres y los brutos, los célicos querubas  
pregonan tus grandezas y tu bondad, Señor.

Jamás en ese piélagos sin término ni tasa  
los grandes ni los sabios pudieron penetrar.  
Acá finito todo, mudable... todo pasa,  
más Tú, invariable siempre, eterno, sin cambiar.

¿Quién puede describirte? La humana inteligencia  
confiérase impotente y llena de pavor,  
conoce que el principio de la terrena ciencia  
consiste solamente, Señor, en tu temor.

Por eso yo ni quiero, ni aspiro á comprenderte,  
presiento tu existencia y sólo voy en pos  
de amarte, Dios eterno, de amarte y no ofenderte,  
pues sé que eres mi Dueño; pues sé que eres mi Dios,

JUAN SIMARRO

El Ciego de Valdepeñas.

Valdepeñas, Junio de 1903.

## LO QUE NO SE COMPRA

Entre un vate sin dinero  
y un ricacho en la opulencia  
siempre habrá una diferencia  
en ventaja del primero

A la cumbre del millón  
podrá llegar un artista...  
¿Más cuándo el capitalista  
al nivel de un Calderón?

MARCOS ZAPATA

## ¡PICAROS NERVIOS!

Decía el ilustre doctor Charcot—el Dios de los neurasténicos, según le llamaba un cliente agradecido—que las afecciones nerviosas no matan, pero no dejan vivir; y yo creo que el sabio médico se quedó corto en su afirmación, pues me consta que los que padecen esa enfermedad ni viven ni dejan vivir á los que les rodean.

Y en prueba de ello, ahí está—es decir, estaba, porque ya no figura en la lista de los vivos,—mi amigo y compañero Rodríguez, cuyo desequilibrio nervioso se manifestaba por un casi contínuo movimiento de cabeza, que convertía á ésta en una péndola de reloj. Y como se daba el caso de que el coronel del regimiento en que Rodríguez y yo servíamos como capitanes, era también víctima de los nervios, atestiguándolo el frecuente guiñar de sus ojos, cuando el jefe se dirigía al capitán en algún acto de servicio, los demás oficiales teníamos que hacer grandes esfuerzos para no dar rienda suelta á la risa ante los guiños del uno y los movimientos de cabeza del otro.

Tamañas manifestaciones nerviosas, estuvieron á punto en más de una ocasión de causar serios disgustos.

Y para muestra ahí van dos botones.

Bajo la presidencia del coronel, y siendo Rodríguez uno de los vocales, se celebró Consejo de guerra para juzgar á un soldado que había cometido un delito grave. Después de la lectura del proceso, el presidente hizo una pregunta al reo con objeto de aclarar un detalle importante, y su contestación, después de vacilar y de no quitar la vista

del coronel, fué afirmativa. Para ver si se ratificaba en ella, le preguntó Rodríguez lo mismo, aunque con otras palabras, y el procesado, mirándole de hito en hito y como sin darse cuenta, negó lo que acababa de afirmar.

Ante contradicción tan manifiesta, le arguyó el coronel, y el soldado aturdido exclamó:

—Perdone usía; pero no sé qué contestar, pues al guiñarme los ojos he creído que usía me invitaba á decir que sí, y después, al advertir el movimiento de cabeza del señor capitán, he supuesto que con él me indicaba la conveniencia de decir que no.

Y poco faltó para considerar tal explicación como un acto irrespetuoso del reo y formarle otro sumario.

Ese mismo capitán Rodríguez, paseando un día por la calle Mayor, de Cartagena, se detuvo frente á un almacén de sombreros de señora, y después de mirar al interior de la tienda, continuó su paseo.

En ella se encontraban el Sr. Pérez y su esposa eligiendo una capota con la que aquél quería obsequiar á su cara mitad con motivo de acercarse el día de su santo. Convenido el precio, y cuando Pérez se disponía á abonarlo, el dueño rechazó delicadamente el dinero, diciéndole:

—No se moleste usted; está ya pagado.

El marido que tenía un genio de dos mil demonios y unos celos de dos mil turcos, se puso rojo de cólera y estuvo tentado de tirar la capota á la cara del comerciante; pero su señora le tranquilizó así:

—¡Ya caigo! Este regalo debe de ser una sorpresa que quiere darme papá, pues me oyó hablar de la capota.

Con esta explicación quedó Pérez casi convencido; pero al volver á casa, donde ya estaba el sombrero, no acabó de convencerse, porque su suegro se había marchado al campo aquella mañana y nada pudo preguntarle.

Dos días después, paseando Rodríguez por la calle Mayor, según acostumbraba, le llamó el de la tienda de sombreros y á boca de jarro le disparó este saludo:

—Bien puede usted estar satisfecho del regalo. Tanto al Sr. Pérez como á su señora, gustó la capota extraordinariamente; pero no sospecharon que era cosa de usted.

Rodríguez, sorprendido y agitando la cabeza, exclamó fuera de sí:

—¿Qué diablos está usted diciendo? Ni yo sé una palabra de ese regalo, ni conozco á Pérez, ni permito á usted bromas de esa especie.

—Cálmese y haga memoria— continuó el comerciante.—¿No recuerda usted que cuando anteayer estaban aquí los señores de Pérez comprándose la capota, se paró usted en la puerta y con la cabeza me hizo seña para que no la cobrara?

Excitadísimo con tal pregunta, Rodríguez aumentó el movimiento de la parte superior de su individuo, y subió de punto su cólera al proseguir aquél diciéndole:

—¿Ve usted? Esa misma seña me hizo usted anteayer y por eso no cobré el sombrero.

—¡Malditos nervios míos y maldita torpeza de usted!—gritó Rodríguez hecho un basilisco.—¡Si es mi neurastenia la que me hace mover la cabeza sin darme cuenta de ello! ¿Cómo deshacer ahora este lío?

Acto seguido, mi compañero y el comerciante fueron á explicar lo ocurrido al Sr. Pérez, y éste exigió una cer-

tificación médica del padecimiento nervioso de Rodríguez, garantizada además por la palabra de honor del coronel.

Esta última exigencia estuvo á pique de producir un nuevo conflicto, pues cuando en presencia de Pérez aseguró el jefe del regimiento que era cierto el vaivén nervioso de su subordinado, empezó á guiñarle los ojos y Pérez le faltó al respeto creyendo que se burlaba de él, y el coronel le tiró el tintero á la cabeza y le puso hecho una lástima; y gracias á la intervención de personas respetables que pusieron los nervios en claro, no llegó la sangre al río.

¡Pícaros nervios!

Con razón solía decir una joven neurasténica y cursi, parodiando la célebre máxima de San Pablo:—Odia los nervios y compadece á los nerviosos.

¡Y á sus víctimas!

CARLOS CANO

## El ciprés del Campo Santo

A tan pobre aldea,  
 igual cementerio,  
 la cerca es de zarzas,  
 los nichos, el suelo.  
 De madera tosca  
 una cruz en medio,  
 que la deteriora  
 el rigor del tiempo.  
 En cambio se eleva  
 el contraste haciendo,  
 un ciprés copudo  
 de ramaje espeso.  
 Le dá el sol saliente  
 sus rayos primeros,  
 y parece goza  
 de verdor eterno.  
 Allí es la costumbre  
 poner en el pecho  
 si un niño fallece  
 el brote más tierno.  
 Y también ocurre  
 que en anocheciendo  
 muchos pajarillos  
 se guarecen dentro.  
 Ni la fuerte lluvia,  
 ni el helado viento,  
 molestar no pueden  
 su rústico lecho.  
 Y antes de entregarse  
 al tranquilo sueño,  
 suenan en el árbol  
 alegres gorgoros.  
 ¡Oh! Ciprés dichoso,  
 consérvete el cielo,  
 que amparas los vivos  
 y adornas los muertos.

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA

Granada



## LEYENDO A RUEDA

Dice el inimitable autor de la *Epístola á Horacio* (fundiendo en su esclarecida mente los númenes de Chenier y Cabanyes, de Fóscolo y de Leopardi) que guarda en sus estantes un libro viejo, carcomido, no tanto por las injurias del tiempo como por mordiscos de algún escolar oscense; libro que, añade el eximio polígrafo en incopiabiles endecasílabos libres, no por carecer del escudete de Aldo ó de Plantín, deja de encerrar para el poseedor del volumen tesoros de inefable deleite, de aquél que sienten las almas buenas y cultas cuando saben escuchar rediviva la voz del cisne de Ofanto, respirar el tibio favonio de Venusa y libar el perfumado jugo de las flores que brotaron del cálamo para eterna recreación de las edades, en forma de yambos y pirriquios, flora literaria, por cierto, que á Goëthe y á nuestro Valera no les entró nunca ni á tiros.

Pues algo de lo que ocurre al egregio autor citado, jefe del Cuerpo técnico á que pertenecemos el aplaudido Salvador Rueda y yo, me sucede á mí con algunos libros de este cariñosísimo amigo y excelente compañero Guardo también en mis estantes aquéllos, y muy singularmente la comedia de Salvador titulada *La Musa*.

Grandes encantos hábame producido la detenida lectura y saboreamiento de *El patio andaluz*, pantógrafo de aquella gama de colores que ofrece en su inmensa paleta el sol meridional; de la poesía *Valencia*, que orea con saturaciones de lumbre y nitideces mil de luz la frígida nebulosa que ahoga al alma; de *El Ritmo*, con sus originales opiniones sobre las *Sensaciones de Arte* de Gómez Carrillo, y sus sinceridades noológicas sobre una arte poética vivida en realidades puras, sinceras, ingenuas, adorablemente infantiles; pero nada de ésto, ni ningún otro documento de la fertilidad parnasil del celebrado vate malagueño, ha logrado proporcionar á mi espíritu complejísimas delectaciones, como el idilio teatral antes mencionado.

Ni nuestras fuerzas ni nuestra intención son en este momento bastantes para hacer una crítica académica del idilio representado en América y en España. Ya en su día, conspicuos juzgadores, en periódicos extranjeros como *L'art dramatique*, hicieron á esta alta comedia la justicia que se merece, y por cierto que entrevieron en la obra alguna nueva orientación que no debe echarse en saco roto.

Nuestro propósito es más sencillo y leve: transmitir al lector, á guisa de inocente *causerie*, las reflexiones, las observaciones que nos ha sugerido la lectura del mencionado idilio.

Sabido es, por axioma de alta retórica pasa, que el poema dramático ó lírico no es doctrina, y que el prosenio (ni aun el aristofánico) es cátedra. Sin embargo, por una punta ó por otra los grandes genios á lo Terencio, no han dejado de transcender á lo ético, y de dar cierto rumbo por tabla á los espíritus coevos; Schiller, por ejemplo, enseñó un nuevo oficio, el de bandoleros, á los mozalvetes de Sajonia; el águila de Weimar, para castigar el demoniaco *eritis sicut dii*, volvió medio chiflados á más de cuatro boticarios; Beaumarchais, en fin, divertía con su Fígaro á la relajada corte en el teatrillo de Versalles, y poco después guiaba el brazo secular de Guillotín en las carretas de la Consejería.

De modo y manera que, aplicando los paradigmas de la *magistra vitae* al caso actual, hay derecho á esperar efectos de la nueva orientación, transcendencias á lo ético por parte del poema teatral de Rueda.

Con el nuevo molde de égloga aplicada; con la tendencia loable de ideas límpidas y visiones diáfanas; con la exquisitez y fineza colorista, efectista, escenográfica; con el salomónico fuste de moralidad, que sirve de soporte á *La Musa*, puede guiarse también á nuestros de-

cadentistas, mediante ese montgolfier explorador, hacia la eleusina constelación de la Elena del Fausto, de cuya constelación podrán ser estrellas guadoras las tres de la Osa futura:

- El amor á la familia.
- El amor á la Naturaleza.
- El amor á la patria.

He aquí nuestras observaciones educidas al acaso, sin conatos de dialéctica y sin afeites científicos.

María es la Musa: musa del amor religioso, del amor ritual, del verdadero y único amor, proclamado por Confucio y por Kempis, base legendaria, eterna, de cuarenta siglos ha, desde el israelita hasta el cuáquero, bloque angular de la familia. «¡Guerra á las mujeres!», exclaman los dos gomosos volitivamente expatriados en el protervo altar, donde las espirales del turiferario azulan todavía á la falsa deidad Razón, y donde buena parte de nuestra crema adinerada consume sus cheques y sus músculos en el impuro alcázar de Mabilie, ó séase Bolsa europea, con Celestinas por agentes de cambio, y trata de blancas por valores cotizables. ¡Ah! ingente símbolo, aquella mujer inspirada por la piéride de Salvador; no menos intenso es el emblematismo que se barrunta en aquel cortijo aireado por la brisa mediterránea. En uno de aquellos amaneceres raudos, sin crepúsculo apenas como los del Océano Indico, cuando Febo envía á las frentes sus abrasadores haces, la Musa del afecto y del amor, con esplendideces de pitia espartana, cual segunda diosa cíprica deja ver su figura entre limoneros que abanicán al trapiche y parece la repetidora del inmortal Ben Engelf entre los cabreros, diciendo: «Aquí tenéis la república de solícitas y discretas abejas... simples y hermosas zagalejas en trenza y en cabello... aquí se declaran los concetos amorosos del alma simple y sencillamente... de aquí huyó, en fin, la fraude, el engaño, la malicia... aquí no hace falta la Orden para defender al débil, amparar al desventurado, socorrer al huérfano y al menesteroso...» Los sietemesinos, más afrancesados que el arcadé de *El sí de las niñas*, se quedan pegados á la pared del lagar ante aquella fantasmagoría, impalpable como la película del cinematógrafo; y después, sorbidos como mísero riachuelo por aquella catarrata de amor, «mar sin orillas», «manantial que no se agota», sienten la nueva vida, *vida de hombres* que dice el poeta; su alma enferma, averiada, comienza á carenarse; y al sentirse curados de la nostalgia del puro amor, caza el uno cigarras, para ponerlas á cantar como Dafnis en el pecho de Clóe, mientras el otro da vueltas á la noria para apagar la sed de la amada de Salomón. ¡Oh! qué gran corriente, qué gran dirección ha engendrado el geniecillo del amor bueno: ante la pesadumbre de esta voz, ríndense aquellas torres *que desprecio al aire fueron* en aquel París de sus pecados. La sacerdotisa del Helicón aherroja al abyecto libertinaje con grilletes, esposas, mordazas y lo mete en su ergástula. Ojalá que los *dii* mayores y menores del arte sigan llevando á sus arúspices por esos senderos; huyendo de lo psicopático, de lo monstruoso, de lo clínico, de tesis antinómicas, abstrusas ó absurdas, algebraicas, con abominables autópsias de parricidio, de adulterio, de incesto... Auras como *La Musa*, céfiros que recuerden simplicidades idolatrables, melódicas como *Di norah*, paradisiacos afectos como *El Cura de Aldea*; bucólico frenesí cual *La Vaquera de la Finojosa*, apacible dulcedumbre como la de Suzel en *El amigo Fritz*.

Cual aquellos *dandys* declaraban la guerra á las desposables, también parece que nosotros, los españoles, hemos puesto bandera negra á la Naturaleza. Suele pasar por cursi el que la contempla, el que la disfruta, el que la entiende, hasta el que la canta. Parece que de nuestro modernista repertorio ha desaparecido aquella eterna asignatura llamada el derecho usual de todos los pueblos, en la que consagraron siempre un capítulo sublime: deberes para con la Naturaleza. Ella, que nos da germen, embrión, luz, oxígeno, calor, maná, tiene *derechos*, dere-

chos preferentes, cuyo olvido, cuya conculcación son un delito de lesa majestad, porque en el esplendor de la tierra está el reflejo y la representación de la majestad celestial. El anglo-sajón, el helvecio, el belga, el puritano, recordando sin duda al plantador de viñas que se llamó Washington, dedican su atención al campo, buscan en la enramada su inefable contentamiento, y allí llevan á los pequeñuelos para cantarles la parábola de Jesús. Pero aquí... ¡qué horror! tabernas y toros y facas, y blasfemias y alcoholizaciones, enésima potencia, y chulos y chulerías, y cacicatos y encasillados, y chanchullos y panfucionarismos y plutocracias, é infundios y latifundios, y golfos y golferías... y una sistemática, ruinosa, suicida aversión á las derivaciones geórgicas: el gañán es el bufón de esta nuestra misérrima tragedia. He aquí por qué mi amigo Rueda presta señalado servicio á la cultura y á la agricultura con su insinuante aguja imantada. Hasta el chalongo Medialmeja y la semibruja tía Garduña, miran el cortijo como si fuera la gran basilica. Ve hacia el campo, progenie esmirriada y enclenque; en los jugos de sus azucenas está la emulsión Scoot contra la neurosis endémica que produjeron las lujurias y las envidias; el campo es cultivo y el cultivo es *trabajo*; en las juncias de cualquier río hallarás el Jordán, y de entre sus ondas surgirá siempre el Sanador de tu alma y de tu cuerpo. No, no llaméis á esto *cursi*: la Musa que ha ideado Rueda es la Siciliana que perdura siglos y siglos: en los oídos buenos, en los oídos sanos se escuchará siempre la avena del mantuano inmortal; la falange de Alejandro recitará siempre los versos de Teócrito; sobre la copuda haya donde sesteán los rebaños de Títilo se erguirán los pueblos más prepotentes y los simpáticos templos de Jano... y de Astrea.

Infírese de lo dicho que el esquema calológico de mi entrañable Rueda, no es, contra lo que algunos comulgarán, simplemente *joli* ó estetismo ñoño, fofo, y á palo seco como el de *La ciudad muerta*. Es, por el contrario, «vino viejo en odre nuevo»; y es además estetismo praxológico, docente, educativo. Nuestra última observación, leyendo el sugestivo libreto, consiste en deducir de los amores á la mujer, y á la naturaleza un tercer amor que debe despertarse en nuestro corazón aneurismático por el opio de la estulticia, por los estragos de la concupiscencia y descuajaringado por las pérdidas... del «imperio colonial», por las desventuras políticas y de actualidad. ¡*Excelsior!*, como dice la Cuméa en la creación de mi amigo; recibid, flamantes Paquitos de *El loco Dios*, el bautismo, el óleo del patriciado, amad á España; truéquese el ególatra en altruísta; vuelvan en sí los que empalmaron las mil y una *papalinas* del Bordeaux... Pero, ¿cómo?, preguntaréis: ¿europeizándonos á lo Costa ó africanizándonos á lo Chamberlain? ¿Con sociologías psiquiátricas de Spencer, racionalismos vergonzantes de Schopenhauer, criminología frenopática de Garófalo, redencionismos siberianos de Tolstoi y estéticas de Taine?...

Menos, menos que eso: buscad «la escondida senda» del salmantino; amad «la vida del campo»; allí se os despertará el tercer amor, el amor á la Patria, vuestras fuerzas aumentarán con los aperos agrestes; entre lo sportivo que allí se os ofrece aprovechad las pelotas del *foot-ball*, en deportes venatorios y de ellos saldrá el tiro, el verdadero *tiro nacional*, cuya inopia ignara tan caro nos costó en Santiago de Cuba... ¿Miradas atávicas? Si acaso, hacia nuestros progenitores de Numancia. ¿Bibliotecas? Pocas y buenas; con una diminuta, de bolsillo, y triple (no *ánis*) basta y sobra: tres volúmenes octavo: Cartilla, que mata analfabetos; Catecismo, que mata tibiezas hipócritas; y Urbanidad, que mata zafierías salvajes.

En suma, mi admirado poeta Salvador diría en hermosos alejandrinos, como los de *La Musa*, lo que yo digo en prosa lisa y llana:

Sentimiento de lo bello, honradez, sindéresis; amar á la patria y honrar á sus grandes hombres; aprender á leer

á Quevedo, no con la risotada del bebé, del mozo de cuerda ó del idiota, al escuchar los jocosos pitorreos del *chirle*, del Caballero de la Tenaza ó las chirigotas pornográficas de Doña Dinguindaina; descubrirse ante la sin par creación iconográfica que cinceló Querol, saludando al caballero hispano archiclásico, que defiende con la tizona á la dama ultrajada en las tinieblas de San Martín, al patriota mártir del menguado favorito y al pensador profundo que deja inagotable manantial de enseñanzas: *Política de Dios; Epicteto; Vida de San Pablo, Santo Tomás...* ¡Oh!

ENRIQUE PRÚGENT

## Curiosidad literaria

La actual generación, muchos de cuyos intelectuales se duermen viendo representar la Comedia nueva, no tiene cabal idea de lo que valía aquel coloso de la inteligencia que se llamó D. Leandro F. de Moratín, que nació en Madrid el 10 de Marzo de 1760 y murió en 22 de Enero de 1838.

Nosotros, los viejos, creemos cumplir un deber exhumando un trozo de su discurso histórico sobre los orígenes del teatro Español:

«El origen de los teatros modernos debe considerarse posterior á la formación de las lenguas que hoy existen en Europa; si se les quiere atribuir mayor antigüedad, sería confundirlos con el teatro latino. Este acabó cuando las naciones sujetas antes al imperio de Roma y después á los bárbaros, corrompida la lengua latina, formaron dialectos diferentes, variándolos según la influencia física de los climas que habitaban y según la que pudieron ejercer en el régimen y propiedad, en la acepción y pronunciación de los vocablos ó en la introducción de otros nuevos, las gentes advenedizas que se mezclaron y confundieron con ellas»

Los visigodos, que por espacio de tres siglos dominaron nuestra Península, no nos dejaron otras reliquias de su lenguaje primitivo que algunas palabras, y en tan corto número, que no componen la milésima parte del nuestro; debiendo añadirse á ellas el uso de los artículos, lo indeclinable de los nombres y alguna otra alteración gramatical. Ni en códices, ni en monedas, ni en mármoles se halla ningún vestigio gótico; casi todo se habló y todo se escribió en latín.

Este idioma, conservado en las obras estimables de los sabios que florecieron en aquella edad, fué corrompiéndose con mucha rapidez en boca del pueblo, y no es fácil averiguar cómo le hablaba al empezar el siglo VII. Baste decir que si se representaron piezas dramáticas en España durante la dinastía de los visigodos, debieron escribirse en el lenguaje que usaba la multitud; mezcla informe del latín, que ya se perdía, y del romance, que se iba formando.

Conquistada España por los árabes en el siglo VIII, y empezada en el mismo su recuperación, el idioma vulgar fué apartándose cada vez más de su origen primero y enriqueciéndose con palabras, frases y modismos arábigos. Las conquistas fueron dilatándole por los países que los cristianos iban ocupando, y la prosa castellana fué adquiriendo sucesivamente corrección, propiedad y copia de palabras, hasta que halló capaz de vulgarizar en ella las leyes y la historia.

La poesía, siguiendo los progresos de la lengua, imitó por aproximación la medida de los versos latinos, supliendo la falta de cantidad con el uso de los consonantes; y acompañada algunas veces de la música y otras sin ella, sirvió para celebrar las alegrías privadas y públicas, ó para recomendar á la posteridad las virtudes cristianas de los santos ó las acciones heroicas de los príncipes y capitanes.

Además de estas composiciones sagradas y profanas, había otras más cortas, cantadas al son de instrumentos por los yoglares y yoglareas, gentes que hacían profesión de la música, del baile y de la pantomima, graciosa ó ridícula, con lo cual ganaban la vida entreteniendo al pueblo. También acudían á las casas particulares y á los palacios, donde ejercían sus habilidades á presencia de los reyes y de su corte. No hay que buscar el principio de esta costumbre, que se pierde en la obscuridad de los siglos. La combinación de los sonidos agradables, el canto, la risa, la danza, la imitación de la figura, gesto, voz y acciones características de nuestros semejantes son tan geniales en el hombre, que en todas las edades y en todos los países habitados se encuentran más ó menos perfeccionados por el arte.

Han sido inútiles hasta ahora las investigaciones de los eruditos, que se lisonjearon de hallar entre las poesías de los árabes, ó de los provenzales, el origen de los teatros modernos de Europa y, por consiguiente, del nuestro, etc.

Los árabes, así los que se extendían por el Oriente, Africa, Italia y las islas del Mediterráneo, como los que hicieron á Córdoba capital de su imperio en España, cultivaron con éxito feliz las ciencias naturales, la medicina, las matemáticas y la historia. En la poesía nada hicieron, fuera de los géneros narrativo, descriptivo, amoroso, en comiástico y satírico, desempeñando sus argumentos en poemas cortos, llenos por lo común de metáforas, traslaciones y enigmas, de acrósticos, laberintos, antítesis, paronomasias y equívocos. Los diálogos sin acción que se hallan entre sus composiciones poéticas no pertenecen al género dramático.

Los provenzales, con un idioma mucho más pobre, sin comparación, que el de los árabes; no instruidos, como ellos, en el conocimiento de las ciencias, pero dotados de una imaginación fecunda (no extraviada fuera de los términos justos, no viciada con ornatos pueriles) y movida igualmente por los poderosos estímulos del heroísmo y del amor, cultivaron un género de poesía que fué peculiar, y perfeccionándose después con el estudio de la antigüedad y el uso de la buena crítica, llegó á ser común á todas las naciones modernas. Las ciudades de Tolosa, Aviñón, Aix, Fessieres, Barcelona y Tortosa fueron célebres por el estudio de la *gaya sciencia* en que se ocuparon sujetos muy ilustres para celebrar amores y victorias y amenizar las diversiones cortesanas con los frutos del ingenio, de la sensibilidad y la armonía. Estos poetas, que se llamaron trovadores, llegaron á formar colegios y academias; algunos recitaban y cantaban sus propios versos, otros fiaban este encargo á los músicos; pero nada se halla entre las obras que se conservan de ellos, que pueda llamarse teatral. Las trovas, ditados, villanescas, tensiones, serventesios y otras piezas que se escribieron entonces, no son de la clase de poemas activos que pide la escena. Es, pues, inútil buscar en la poesía de los árabes ni de los provenzales los orígenes del teatro moderno.

---

## PARA PROVINCIAS

### Sobre los crímenes, sobre los golfos y sobre el concurso de comedias de "El Liberal.,,

Terminado el proceso del trágico crimen de Don Benito, dictada sentencia y reos de la última pena los procesados, nos hemos quedado en Madrid casi, casi, sin tener de qué hablar y sin sacudimientos fuertes para nuestros nervios, cosa de que gustamos mucho los españoles, ávidos siempre de noticias sensacionales que comentar á

nuestro sabor. Algo nos interesa aún el no menos horrendo de Colmenar; pero indudablemente el de Don Benito, más misterioso en sus detalles y más novelescos los hampones personajes que jugaron en él, ha venido á quitarle mucha importancia.

El frío es en estos días un verdadero azote para Madrid. Han llegado los termómetros á marcar temperaturas capaces de helar á un chubeski. El espectáculo en las calles y de día, tiene algo de cómico.

Embozados en sus capas hasta los ojos, inmiscuidos, si se me permite la palabreja, en sus gabanes ó pobremente abrigados con el modesto tapabocas, transitan los madrileños andando muy deprisa sin sacar las manos de los bolsillos, con el sombrero calado hasta las cejas y soplando como energúmenos.

De noche el espectáculo cambia. Acurrucados en los quicios de los portales se hacinan los golfos en apretado montón de carne casi desnuda y mal oliente. Aprétanse cuanto pueden los unos con los otros, y abrazados sus cuerpos flacos y confundidos los sexos, duermen bajo la caricia brutal del frío que congela sus nervios y entumece sus músculos, amenazados de una legión de pulmonías que merodean por las calles eligiendo cuerpos en que vivir y organismos que deshacer, y al amparo de su mezquina suerte que nada les concede y se lo niega todo.

No soy de los que ven en el *golfo* un personaje simpático, un hombre á quien su estrella le hace infeliz y aventurero, á quien debe llevarse al teatro y al libro y concederle una importancia que no tiene. Creo, por el contrario, y hablando en castellano liso, que no llegan siquiera á ser *buenas personas*; pero veo en el montón de golfos acurrucados en los portales, en esa mezcla de harapos y de alientos donde la mugre se junta con la anemia y el hambre se confunde con el frío, un puñado de hombres á quienes debe ampararse, que pueden ser útiles á la sociedad y que no deben morir en el arroyo, un puñado de niños á quienes se debe educar, y un puñado de mujeres á quienes es inhumano, monstruoso y cruel abandonar acurrucadas en las *tapias calientes*, con la blasfemia en la boca, la desesperación en el alma y un niño hambriento y tembloroso de frío colgado de sus pechos flácidos y negruzcos de hembra anémica y prostituída...

Y ya que estoy dominado por impresiones tristes y que la melancolía despierta en mí desperezándose callada y doliente, diré que entristece el ánimo á cualquiera pensar en el número de comedias que se han recibido en *El Liberal* para un concurso de obras teatrales. Cerca de trescientos intelectuales, trescientos autores más ó menos inspirados, pero artistas, en fin, que persiguen un ideal lejano, risueño como un amanecer de estío, muy hermoso de acariciar y muy difícil de conseguir, han concurrido al intelectual combate. En su mayoría serán desconocidos; pobres diablos que pasan por la vida inadvertidos y oscuros, luchando por significarse esperando su éxito con obstinación de agónico que se resiste á morir con empeñadísima impaciencia, con afán de gloria, y aun cuando tampoco creo en los genios postergados, yo evoco á los pobres artistas, rengloneando en las cuartillas blancas, nerviosos, trémulos sobre una mesa de pintado pino soñando triunfos, entregados á idealidades gloriosas y convencidos de que han de ser la admiración de las gentes que les contemplarán entusiastas, pavoneándose con el dios éxito de la mano... Yo evoco sus afanes, sus luchas, y al verlos en la cuesta de su calvario, pugnando por avanzar, por escalar la cumbre, animosos para no desfallecer y chocando contra la indiferencia de su generación, recuerdo á los golfos acurrucados en las tapias calientes y me parece la suerte de estos proletariados intelectuales más triste, más amarga, más negra aún. ¡Y acaso como epílogo de sus ansias de gloria, se verán muchos vestidos de harapos soñando con su triunfo dormidos á la intemperie en las noches de invierno!

GARCI-FERNÁNDEZ

## LA FRASE DE DUCROT

Un literato distinguido, bizarro coronel de nuestro ejército, escritor notable, orador correcto y excelente caballero, D. Federico de Madariaga, pronunció el 12 de Octubre de 1903 un hermosísimo discurso en el Centro del Ejército y de la Armada.

Este discurso, que posteriormente ha impreso la Escuela de estudios militares superiores, debe leerse por todos los que seriamente piensen en la regeneración de nuestra patria.

Madariaga no pertenece todavía á GENTE VIEJA, por cierta coquetería disculpable en tan gallardo mozo viejo; pero recordando en su admirable discurso las palabras del general Ducrot, ha prestado un gran servicio á la patria.

He aquí el apóstrofe del general Ducrot:

¡Maldita sea la opinión pública que nos prepara tal vez un triste porvenir!

## A LAURA

¿Quién burlará de una pasión profunda?  
 Laura, lo sé: lo propio ha sucedido  
 A cuantos séres en el mundo han sido,  
 Y la culpa es del Dios que lo fecunda.  
 Amor impone su fatal coyunda,  
 Y por modo sutil labra su nido  
 Honda y calladamente en mi sentido,  
 Y la alegría del vivir me inunda.  
 Oigo tu voz y el corazón palpita,  
 Mi corazón que es la invisible gama  
 Do está la nota por tu mano escrita.  
 Te miro, Laura, y el deseo exclama,  
 Con el cantor de Fausto y Margarita:  
 Yo quiero aquel que lo imposible ama.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA

## BIBLIOGRAFIA

### La vuelta al mundo más rápida.

Hasta el presente pocos son los que pueden vanagloriarse de haber llevado á efecto tan sorprendente viaje. Si Fileas Foqq lo hizo en ochenta días y el gran Transsiberiano promete á su total terminación hacerlo en cincuenta, ocurre preguntar: ¿Qué fatigas pasaría Fileas? y ¿qué asombrosa cantidad importará el viaje alrededor del mundo, aun aprovechando el Transsiberiano? Empresas ambas son á primera vista que, asombrando desaniman, por la imposibilidad para la inmensa mayoría de las gentes en llevarlas á efecto. Pero lo sorprendente, lo grandioso, es poner este viaje en condiciones de hacernos todos *touristas* y que sin necesidad de esperar á la primavera ni proveerse del indispensable Baedcker, podamos emprender nuestro viaje y concentrar nuestra curiosidad en el interminable desfile de países y ciudades, épocas y costumbres, con la contemplación de monumentos, museos y galerías, y que sin cansar el cerebro ni fatigar el cuerpo pueda sentirse la impresión honda y original que causa lo desconocido y la evocación de recuerdos é ideas que surgen en la contemplación de las obras maestras. Curiosísimo es visitar el templo de Karnak, construído 2.000 años antes de Jesucristo en Egipto; ver los alineamientos de Karnak en Bretaña, pertenecientes á la época prehistórica; el templo de Jerusalén, el de Confucio, el

de Caldeo y el de Babilonia, la Meca y las principales catedrales de España, estudiando al propio tiempo la historia de las religiones á través de los siglos; para visitar los pueblos antropófagos y tratar de cerca á los caníbales; internarse en el país de la goma y ver su fabricación; llegar á la Martinica y observar de cerca los efectos del monte Pelado. Son impresiones gratísimas y que todos podemos saborear.

Pero parécenos observar á nuestros lectores preguntando: ¿Cómo se hacen estas maravillas y cuánto cuestan? Seis reales solamente, que es el precio del *Almanaque Bailly-Bailliére para 1904*, que acaba de publicarse, y es el libro indispensable del que reflexiona y piensa, puesto que en él encuentra de todo, y el geógrafo, el literato, el artista y el que ansía solamente recreaciones tienen en sus páginas materia abundante para sus aficiones.

Si el texto del *Almanaque* es excelente, nada deja tampoco que desear la lista de regalos que distribuye entre los favorecidos por la suerte, pues hay magníficos relojes de bolsillo, un soberbio corsé, un revólver, una preciosa toca de piel, vinos generosos, aceites, libros, guantes, lavadoras mecánicas y gran variedad de objetos, todos de suma utilidad y en gran número. Además, regalan á todo comprador un seguro contra los accidentes de tranvías y ferrocarriles por valor de 1.000 pesetas, y una participación en el número 26.317 de la Lotería Nacional de Navidad del presente año.

Como no dudamos que todos nuestros lectores desearán tener sobre su mesa de trabajo un auxiliar que en cualquier instante les proporcione cuantos datos deseen para hacer un pagaré, extender una letra, poder llevar á cabo la reducción de monedas extranjeras ó saber las señas del notario, abogado, arquitecto, el maestro de obras, del banquero, etc., que le interese visitar ó avisar, á más de un libro que le facilite llevar clara y sencillamente la contabilidad de sus ingresos y gastos, no dudamos en recomendarles compren la *Agencia de bufete para 1904*, que la casa editorial de los Sres. Bailly Bailliére é hijos han puesto á la venta, y que contiene cuantos datos oficiales ó particulares son de necesidad conocer para el mejor desarrollo de los negocios, evitando pérdida de tiempo en consultas. Se vende en todos los bazares, tiendas de objetos de escritorio y librerías, variando el precio de 1 á 4 pesetas, según el número de páginas que contenga la agencia en blanco y su encuadernación, sea de cartón ó tela, con una bonita plancha en color.

\* \* \*

### Nueva historia y monografías geográficas de las provincias de España.

Se acaba de publicar el cuaderno 6.º de esta notabilísima obra.

Terminado ya el estudio de la Edad Antigua, y siguiendo el plan anunciado, han comenzado los trabajos de **monografías geográficas** con el de España en general, exponiendo en síntesis una completa descripción de las regiones de nuestra patria para luego detallar los nombres de las ciudades y ríos antiguos con su correspondencia actual. Los cuadernos próximos, dedicados á Cádiz, serán sorprendentes. Tomando por base trabajos que realizó el inmortal general de la Armada Sr. Tofiño, se describirán la bahía y costa con todo lujo de detalles. En los sucesivos cuadernos se expondrán curiosísimas notas relativas al período comprendido desde la fundación de esta provincia hasta nuestros días.

En vista de las numerosas consultas que se han dirigido á la casa editorial respecto á la extensión y alcance de esta importantísima obra, calificada como la más perfecta y mejor presentada que en su clase se ha dado á conocer, manifiesta por nuestro conducto al público que, firme en sus propósitos, ha resuelto no sea una publicación voluminosa de quince ni veinte tomos, cual ocurre

con sus análogas, sino que, por el contrario, sea un modelo de concisión; encerrando en unos tres tomos toda la Historia patria y las «Monografías geográficas de todas las provincias» en la forma más completa y acabada.

La empresa hace saber, al mismo tiempo, que cuenta con imprenta propia y con todos los elementos necesarios, no sólo para la terminación de la obra, sino para que ésta no sufra demora ni retraso, apareciendo con la debida puntualidad.

## PARA «GENTE VIEJA»

Mi querido Director: Difícil ó poco menos que imposible resulta la misión con que usted se ha dignado honrarme al nombrarme corresponsal literario de su ilustrado periódico.

No reuno condiciones para ello, lo primero, y lo segundo, que desgraciadamente en este mi pueblo son muy escasas las personas que se dedican al cultivo de un arte tan delicado y hermoso, consistiendo tal vez en que el ambiente que desde el nacer aspiramos, nos lleva á nuestro cerebro los gérmenes del mineral que se elabora en sus minas y fábricas de fundición, atrofiando hasta cierto punto nuestra inteligencia é impidiéndonos dedicarla á un estudio en que la fantasía tiene que remontarse á las esferas de la idealidad para la concepción de sus bellas obras.

Aquí, todo lo que no sea hablar de minas, estar al tanto de la cotización del plomo y los cambios y de los negocios mineros realizados por H ó por B en cualquier contrato de minerales, es cosa que carece de interés, y, por lo tanto, es ponerse en ridículo ó hablar en un lenguaje desconocido para la mayoría de los oyentes.

Baste decirle que existe un teatro de invierno, cuyas puertas se abren con muy rara excepción al público, y que la mayoría de las compañías que, atraídas por la importancia de esta población (una población de más de 50.000 almas), se atreven á posar sus plantas en su escenario, quedan disueltas por falta de recursos, no llegando á 15 las representaciones que suelen dar.

Esto podrá dar á usted una idea del desarrollo que pueda tener en ésta la literatura y el arte, y con más motivo cuando sepa que sólo existe un periódico local dedicado exclusivamente á dar noticias, en su mayoría, de los accidentes ocurridos en los trabajos mineros, que son á diario.

Círculos de instrucción en donde el saber y la oratoria, el arte y la literatura esgriman en reñido torneo sus elocuentes armas, no existe uno, siendo tal el escepticismo de todos, que hasta el ardor político, esas luchas de partido que existen en todas partes, despertadas por la fe en los ideales ó por la ambición de mando, aquí está muerto, y nadie se preocupa (excepto los que viven del poder) de que en situación liberal haya un alcalde conservador ó que sea un advenedizo el que ocupe la presidencia municipal.

Nada extraña; nada sorprende; es una atonía crónica la que padecemos, que, como digo anteriormente, parece ser que el ambiente que aspiramos, saturado de miasmas plomíferos, ejerce sobre nuestro organismo una

galvanización tal, que nos impide impresionarnos á toda iniciativa y progreso intelectual.

Suyo afectísimo seguro servidor,

EL CORRESPONSAL

Linares, 11-12 903.

## Hay que pensar en el turrón.

Aunque pasó la época en que se hablaba del turrón, refiriéndose á la política, todavía entre los apegados á lo antiguo, la idea del turrón va asociada, para muchos, á la de las especulaciones políticas.

No hemos de tratar esta materia, porque ya saben todos cómo una gran parte de los políticos de oficio se sacrifican por la patria, principalmente para obtener resultados positivos.

Pero también la generalidad de los mortales se ocupan, en previsión de las fiestas de Nochebuena, de pensar en el dulce artículo que ha de servir de regocijo en el hogar.

Y aunque los particulares *no madrugan* tanto, que piensen en 1.º de Diciembre en el turrón que han de comerse á fines de año, los que en provincias y en Madrid están dedicados al comercio de dulces, ya en esta época se ocupan en hacer sus pedidos y sus acopios, para tenerlos en su poder en los comienzos de la segunda quincena de este mes.

Como el comercio de dulces en las capitales y hasta en los pueblos es hoy de mucha importancia, se sirven los intereses de éste y los del público haciendo llegar á su conocimiento que la respetabilísima casa de la Viuda é Hijos de Matías López ha establecido una sección de turrónes y mazapanes para la temporada de 1903 en clases superiores y garantizadas.

No necesita la casa de la Viuda é Hijos de Matías López ser recomendada.

La limpieza, la higiene y la perfección con que trabaja son bien conocidas, conviniendo sólo á los intereses de todos que se enteren de que, además de su conocidísima y con justicia universalmente apreciada fabricación de chocolates, bombones y dulces de todas clases, tiene la importante casa comercial que nos ocupa una gran fabricación de turrónes, elaborados con la limpieza y la exquisitez á que tan acostumbrados nos tiene la casa de Matías López. Turrónes de Alicante (caja de 5 á 10 kilos), Jijona, avellana, yema, imperial, limón, nieve, vainilla, frutas, rosa, naranja, coco, plátano, canela, etc., etc., se venden ya en esta casa á precios muy económicos, teniendo en cuenta la buenísima calidad de sus ingredientes.

En mazapanes hay también una variadísima colección, que formarían por sí solos el edén de cualquier goloso. Anguilas bañadas de fondant, rosa y blanco; caprichos de varias formas y escudos; caprichos en turrón fino, escudos y liras, besugos de mazapán, de turrón exquisito; besugos de escama de yema y coco; figuras de mazapán; mazapán de San Clemente y empanadas de Toledo; pasta de almendra para sopa, etc. Allí hay de todo lo que pueda exigir el paladar más refinado y descontentadizo, y todo convida á *endulzar* penas, presentando la vida con un *dulcísimo* aspecto.

Ya lo saben los madrileños y los golosos de provincias: hay que pensar en el turrón que habrá de regocijarnos las Navidades, y que para adquirirle inmejorable y barato, nada como dirigirse á la casa de Matías López.

La casa de la Viuda é Hijos de Matías López, que en la fabricación de dulces y en su especialidad de chocolates, cafés y tés, constituye una de las industrias más importantes de España, con esta nueva sección de turrónes ha venido á completar su negocio en términos que no tiene competencia.